

LA DINAMICA DE LA «LUCHA DE CLASES»
EN EL PLANO INTERNACIONAL

Cómo la cuestión obrera ha sido el escándalo de ayer, el problema de los países subdesarrollados es el escándalo de hoy. (René GENDARME.)

Los pueblos ya desarrollados tienen la obligación gravísima de ayudar a los países en vías de desarrollo. (Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, 86.)

I.—LA REALIDAD DE LA DIVISIÓN «PAÍSES RICOS-
PAÍSES POBRES».

En esencia, la inmensa cuestión del subdesarrollo se resume en la categórica aseveración de Su Santidad Juan XXIII: «El problema más importante de nuestra época es quizá el de las relaciones entre comunidades políticas económicamente desarrolladas y países en vía de desarrollo económico (*Mater et Magistra*, 161).

Lo esencial a consignar aquí es que la relación *Estados ricos-Estados pobres* y su problemática ha tomado carta de naturaleza en la doctrina internacional.

El motivo central es que los países adelantados e industrializados de América del Norte, Europa Occidental y Australasia, se están enriqueciendo paulatinamente, al paso que los países menos adelantados de fuera de la órbita comunista permanecen en la mayor pobreza, siendo sus progresos sumamente lentos (Walter Lippmann). Las naciones ricas van enriqueciéndose cada vez a mayor velocidad y las pobres van empobreciéndose (Pierre Drouin). El Presidente mejicano López Mateos aludía en términos análogos a esta cuestión, en su Informe al Congreso el 1 de septiembre de 1961. John F. Kennedy ad-

vertía, hace unos pocos años, cómo las naciones ricas se hacen más ricas, mientras las pobres se hacen más pobres, con menos capital, más población y muchas menos esperanzas.

De un modo o de otro, se han referido a esta materia: G. Myrdal, R. Theobald, Bárbara Ward, Pierre Mendès-France, Strachey, el general Gavin, Willy Brandt, J. de Castro, Keyserling, P. Moussa, T. Mende, W. Singer, etcétera. De ella se han ocupado las revistas: del «International Peasant Union Monthly Bulletin» a «Occident-Western World» y «Life»...

Y se llega a sostener: «La actual división del mundo en países ricos y pobres es más grave y, en definitiva, más explosiva que la división del mundo según las ideologías». Tal es el aserto del secretario general de la O. N. U., U Thant¹. Adlai Stevenson mantenía en 1960: «La disparidad en los niveles de vida entre los [países] ricos y los pobres constituye una amenaza para la paz tan grande como la carrera de armamentos»².

«La línea de división del mundo no es la comúnmente admitida entre el Este y el Oeste, sino... la del hambre entre el Norte y Sur»: Sir Cyril Osborne, ante la Unión Interparlamentaria, Lausana, abril de 1963.

«La pauperización no deja de extenderse a través del mundo», subraya —en 1963—Henri Bartoli, profesor en la Facultad de Derecho y de Ciencias Económicas de París.

Por si estas apreciaciones resultasen insuficientes, adviértase que un reciente informe publicado por el Bureau Internacional du Travail—sobre la situación de los trabajadores en el mundo—sostiene que ha aumentado la distancia entre los niveles de vida de los países industrializados y los de las naciones poco desarrolladas.

Los asertos de este tipo continúan. Así, Samuel Brittan—editor económico del *Observer*—esgrime este pensamiento: «La distancia entre los países ricos y los pobres está haciéndose mayor cada vez más...»³.

Una de las conclusiones sacadas de los trabajos de la primera fase de la Conferencia Mundial del Comercio (Ginebra, 1964) era, según Abdel Moneim Kaissouni—presidente de la Conferencia—, la unanimidad en reconocer la

¹ Cons. *Introducción al informe anual, 1962*, en «Le Monde», 5 septiembre 1962, página 3.

² Cfr. Adlai STEVENSON: *Extend our vision... to all mankind*, «Life», 30 mayo 1960, página 100.

³ Vid. *20th-century time bomb*, «The Observer», Londres, 29 marzo 1964, pág. 8.

existencia de un profundo foso, que va ensanchándose, entre los países subdesarrollados y los países industriales ⁴.

Recordemos que el primer ministro de Francia—M. Pompidou—decía a mediados del año 1964: «Dejado aparte el hecho nuclear, no hay hecho más grave que [el] foso cavado por la revolución industrial entre los pueblos: un millar de millones de hombres tienen un elevado nivel de vida, que no deja de mejorarse; dos millares de millones tienen un miserable nivel de vida, y se corre el riesgo de que se degrade» ⁵.

A la vez, consignemos que en la Conferencia de ministros de la Commonwealth de 1964 (julio), los representantes asiáticos y africanos se inquietaban de la creciente separación entre los países ricos industrializados y los países pobres en vía de desarrollo ⁶.

Como punto final de este asunto, señalemos que el 16 de julio de 1964 el secretario general de la O.N.U. continuaba considerando la separación entre los países ricos y los países pobres como «el problema principal de nuestra época» ⁷.

* * *

De ahí la pertinencia de la interrogación de Olivier Lacombe, en la XI Semana de los Intelectuales Católicos: ¿qué decir si la nación entra en la dialéctica de la lucha de clases y se carga de un resentimiento proletario, tan fundados como puedan ser los *agravios* de tantas naciones desfavorecidas? ⁸. Algunos presentan tal interrogación como algo con lo que hay que contar ya. Así, Fraga Iribarne ⁹.

Resumiendo, a la histórica lucha social interna—casi ya concluida en los Estados avanzados—se contraponen *la nueva lucha económica internacional* ¹⁰.

Lo que sucede hoy en la economía internacional es una repetición aproximada del curso que siguieron internamente los países ahora industriales du-

⁴ Vid. «Le Monde», 10 abril 1964, pág. 18.

⁵ Cons. «Le Monde», 12 junio 1964, pág. 2.

⁶ Cfr. «Le Monde», 16 julio 1964, pág. 16.

⁷ Vid. «Le Monde», 17 julio 1964, pág. 4.

⁸ Cfr. «Le Monde», 7 noviembre 1958, pág. 6.

⁹ Vid. *La guerra revolucionaria*, «Revista Española de Derecho Militar», Madrid, 1958, 5, pág. 36.

¹⁰ Vid. J. FIGUERES y A. A. BERLE: *Países ricos y países pobres*, «Combate», San José de Costa Rica, julio-agosto 1960, págs. 10-13 (para la cita, págs. 10-11).

rante los últimos doscientos años. El drama se repite—ha subrayado el ex Presidente Figueres—no ya en las relaciones entre minorías ricas y mayorías pobres dentro de las sociedades avanzadas, sino en el amplio escenario del comercio entre pueblo y pueblo, entre unos pocos países ya enriquecidos y los muchos países «proletarios» de nuestro tiempo.

En suma, si la profecía de Karl Marx—según la cual el proletariado de los Estados industriales sería cada vez relativamente más pobre—no se realizó en las democracias contemporáneas, en la arena internacional tal predicción puede aún cumplirse...

No se olvide que la división *países ricos-países pobres*, se extiende también al movimiento comunista internacional¹¹. Y que incluso tal premisa supera la división ideológica—como señala U Thant—. Por ejemplo, para Julius Nyerere—destacado político de uno de los más jóvenes Estados: Tanganyika—, «los países ricos—capitalistas y socialistas—recurren a la riqueza para subyugar a los países pobres. Ambos bloques se hallan dispuestos a debilitar y dividir a los países pobres con el fin de dominarlos»¹².

II.—LA ENVERGADURA DE LA SOLUCIÓN.

En estas materias, «la magnitud de los problemas es abrumadora» (Kennedy). Tengamos presentes sus derivaciones: «La pobreza, las epidemias, el hambre y el analfabetismo no solamente son un insulto a la dignidad humana..., sino que amenazan la estabilidad de los Gobiernos, exacerban las tensiones y amenazan la paz internacional» (U Thant).

Por lo pronto véase—simplemente, a título de índice—que, durante el período 1956-1959, los países subdesarrollados recibieron del mundo no comunista—de Austria al Japón, pasando por los Estados Unidos y Francia—un total de cerca de 28.000 millones de dólares (en contribuciones bilaterales—oficiales y privadas—y de agencias multilaterales).

Sin embargo, la futura tarea entrevista exige mucho más, si quiere ser efectiva. Veamos.

¹¹ Cons. Alexander DALLIN: *Divisiones largas y fracciones cortas*, «Problemas del Comunismo», Washington, marzo-abril 1962, págs. 7-17 (muy singularmente, págs. 15, 2.ª c., y 16, 1.ª c.).

¹² Cfr. Julius NYERERE: *La seconde ruée sur l'Afrique*, «Jeune Afrique», Túnez, 17-23 diciembre 1962, págs. 26-27 (especialmente pág. 27).

En un texto elaborado por el Centro de Estudios Internacionales del *Massachusetts Institute of Technology*—y de cuya redacción se encargaba el profesor Rosenstein-Rodan—, para la fase 1961-1966, se evaluaba en 5.700 millones de dólares anuales el capital (en ayuda propiamente dicha y en inversiones privadas) que necesitaban los países subdesarrollados. Durante el lapso 1966-1971, la cantidad estimada viene a ser de 5.600 millones por año. Y en el período 1971-1976, las necesidades en capitales extranjeros se cifran en 3.800 millones anuales.

Ahora bien; hace no muchos años, un informe de un grupo de expertos de las Naciones Unidas daba como cifra 19.000 millones de dólares anuales para un modesto programa de duplicación de la renta nacional por cabeza en treinta y cinco años.

Una advertencia: traemos aquí esas estimaciones con un escueto valor sintomático. Otros estudios—los de Perroux, Méraud, Moussa, Tabah, etcétera—barajan también *sus* cifras diferentes y aun mucho mayores (Tabah). La diversidad de números y resultados puede inducir a una conclusión pesimista. Verdaderamente.

Empero, por encima de pormenores y precisiones, ha de quedar en claro una cosa: *la magnitud del problema del subdesarrollo*.

De ahí que, por esa razón, se dirija la vista a esas «inmensas energías humanas» y esos «gigantescos recursos», consumidos en «fines no constructivos»: los «terribles instrumentos de ruina de muerte» a que se refiere la *Mater et Magistra* (207 y 201). Y no olvidemos cómo Pablo VI—en su Mensaje de Navidad de 1964—considera, no sin espanto, «cierto militarismo, orientado no ya a la legítima defensa de los respectivos países y al mantenimiento de la paz universal, sino dirigido más bien hacia *armamentos cada vez más poderosos y destructores, que absorben colosales energías de hombres y de medios materiales...*».

No cabe ignorar el asunto. Observemos que anualmente los gastos militares ascienden—según Jean Schwoebel, en 1966—a 170.000 ó 180.000 millones de dólares. Es decir, cada año el mundo consagra a los gastos militares del 8 al 9 por 100 de la producción de bienes y servicios. Tan exorbitante cantidad equivale, por lo menos, a los dos tercios de la renta nacional de *todos* los países subdesarrollados.

Y he aquí que—optimistamente, ingenuamente—piénsase cómo la reducción de los dispendios militares liberaría un buen conjunto de recursos, lo

cual permitiría el aumento de la ayuda al *tercer mundo*. Sin embargo, en tal problemática, ya las solas implicaciones económicas del desarme no permiten un enfoque simplista¹³.

Pues bien; si los Estados industrializados del Este y del Oeste consagrasen a la ayuda exterior en capital un poco más del 1 por 100 de su producto nacional, y si, paralelamente, los componentes del *tercer mundo* dedicasen al esfuerzo de mejora la mitad de los recursos liberados por el desarme, podría triplicarse el índice de crecimiento de la renta *per capita* de las naciones subdesarrolladas.

* * *

Pero lo triste es que el mundo no ha penetrado aún en la trascendencia de tal dinámica. Ni mucho menos. Bien recientemente, George Woods—presidente del Banco Mundial—declaraba: «El monto de la asistencia financiera a los países subdesarrollados es inferior a toda norma razonable». Y, por ejemplo, Woods precisaba que, «desde 1961, el nivel de las exportaciones netas de capitales públicos de los países de la O. C. D. E. a los países subdesarrollados ha permanecido estacionario, alrededor de los 6.000 millones de dólares por año y, proporcionalmente a las rentas crecientes de los países de la O. C. D. E., estas salidas han caído de 0,8 por 100 a 0,6».

Sabemos—por boca del presidente del Banco Mundial—que un nivel casi satisfactorio de asistencia sería el 1 por 100 del aumento de las rentas de los países industrializados, lo que representaría unos 40.000 a 50.000 millones de dólares anuales.

Pero he aquí que el mundo no marcha, hoy por hoy, por ese camino de solidaridad. Así, vemos que en el programa previsto por el *decenio del desarrollo*—lanzado por la Asamblea General de la O. N. U. en 1961—, un objetivo consistía en un índice de crecimiento del 5 por 100 anual en el desenvolvimiento de los Estados subdesarrollados, y otro, en una dedicación del 1 por 100 anual de la renta nacional bruta de las naciones ricas al desarrollo del mundo atrasado.

Pues bien; en el verano de 1966 se ha advertido—en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas—que, al fin de la primera mitad del

¹³ Por ejemplo, téngase muy en cuenta cómo en los Estados Unidos un asalariado de cada diez trabaja para la defensa nacional. Según revela un estudio publicado por el Departamento de Trabajo. Vid. «Le Monde», 28 mayo 1964, pág. 7.

decenio del desarrollo, no se han alcanzado las metas esenciales fijadas a este respecto.

Pavoroso panorama, cuando se nos pronostica que, con el relajamiento de la tensión internacional, la cifra de la ayuda va a retroceder (A. Meister, etcétera).

III.—ESPÍRITU SOLIDARIO MUNDIAL.

Es hora ya de que vayamos a *las exigencias del bien común*, que por primera vez en la Historia adquiere su verdadera significación y su dimensión real: *el bien común universal*.

Hasta hace poco tiempo, el concepto de bien común sólo absorbía la atención en la esfera política interna. «Bien común nacional, regido y sustentado por una auténtica justicia social, que asegure a cada cual aquello que le es necesario para llevar una vida humana digna».

Pues bien; tal concepto, y el proceso conducente a él, se extienden el complejísimo campo del comercio mundial.

Veamos con qué características.

Verdad es que las naciones son todas iguales en cuanto entidades soberanas. Son iguales—como todos los hombres son iguales entre sí—«en todo lo fundamental que constituye su propia dignidad de ser inteligente y libre».

Ahora bien; de esa igualdad no se sigue, en el campo internacional, que el trato entre los Estados deba estar regido únicamente por la fría justicia igualitaria, que da la equivalencia matemática de lo que recibe. Pues, si el bien común nacional requiere que las relaciones entre los individuos y entre los diversos grupos formados por ellos dentro del Estado, se rijan por un concepto proporcional de la justicia que garantice a cada cual lo que verdaderamente le es necesario, también lo exige para las naciones el bien común internacional.

Y he aquí que el máximo bien del orden internacional es la *paz* de los pueblos. Y, en tal cuadro, el verdadero orden dinámico y crecimiento de un cuerpo vivo e inteligente descansa, ante todo, en la aplicación de la virtud de la *justicia*.

Esos conceptos son los que han de servir de único fundamento a las peticiones formuladas por los pueblos subdesarrollados a los Estados altamente

avanzados. Y ello en calidad de principios permanentes, enraizados en la misma naturaleza de la sociedad internacional.

Y, a fin de cuentas, ha de aprehenderse que—como se indica en *Finis Terrae*—el bien de las naciones más débiles «interesa también primordialmente» a las más desarrolladas, pues «la desigualdad y la injusticia en el campo internacional serán siempre un corrosivo tan peligroso para la paz mundial como lo son para la paz interna de un país».

Ahora bien; el hecho de pedir justas condiciones en el comercio internacional y mayor ayuda al desarrollo de los Estados subindustrializados no se hace con la intención de eludir y disminuir las responsabilidades de tales naciones, sino con el objetivo de tener la seguridad de que el esfuerzo y el sacrificio del mundo del subdesarrollo no se verán esterilizados por factores externos de comercio internacional.

El imperativo de nuestro tiempo es que «todas las naciones deben poner su esfuerzo al servicio de la adecuada organización económica internacional».

Si somos de los creyentes en el bien común internacional, hemos de afirmar que uno de los componentes del orden mundial lo constituye una *ayuda internacional a escala global, a largo plazo y despolitizada*.

Desde luego, eso exige un determinado ambiente: *confianza*.

No basta con echar en falta la existencia de un claro y coherente objetivo en estos asuntos de la ayuda exterior. (Posición de uno de los Informes Rockefeller). Lo que se impone en la cooperación internacional de ayuda contra el subdesarrollo, es desplegarla con *sentido humano*. No olvidemos que, por definición, un rico no es mejor, ni más prudente ni más inteligente, que un pobre. Por tanto, *los pueblos ricos tienen una tarea bien difícil: saber dar con dignidad, sin herir a quien recibe* y, consiguientemente, sin provocar odio. La discreción de rigor se encuentra en quien estima los *valores espirituales* del pueblo pobre y conoce—y reconoce—su propia relatividad¹⁴. En pocas palabras, precisamente lo contrario de la actitud mental que William Lederer ha criticado en *The Ugly American* (o a similares posturas). Mentes despiertas coinciden en tal estimativa. Así, John B. Goodenough, del Instituto de Tecnología de Massachusetts. A su entender, los ricos son lentos para la acción, los intereses creados son confortables y la idea del cambio asusta. Por otra parte, los pobres son orgullosos. No sólo demandan una ayuda. Demandan

¹⁴ Vid. J. HENDRICKX: *Aide intellectuelle comme forme d'assistance technique*, en *Assistance technique et solidarité internationale*, Bruselas, CEPES, 1962, pág. 79.

también que les sea otorgada bajo una forma en la cual queden a salvo su dignidad y su honor de hombres libres. Prefieren morir de hambre, sin nuestro apoyo a renunciar a su derecho de nacimiento de hombres libres...»¹⁵.

Juan XXIII ha advertido que otra actitud—la encaminada a buscar ventajas políticas, en espíritu de dominación—no podría ser calificada más que de colonialista «de un género nuevo».

En resumen, ayuda con un tono específico: no únicamente por quien aspira a su propia perfección, sino, asimismo, por quien no busca más que el cumplimiento mínimo del deber (Hendrickx). La *Mater et Magistra* señala netamente que se trata de un deber de la ética cristiana de nuestra época. Tarea, empero, capaz de afrontarse también bajo idénticos principios por los no cristianos, siempre que sean verdaderamente humanistas.

Strachey lo ha expresado correctamente: «En verdad, no hay más que una sola razón determinante para ayudar a los pueblos del mundo subdesarrollados: la de hacer bien. Esto es: bien, moralmente. Las naciones del Oeste están hoy en la imperiosa obligación moral de utilizar una parte de sus vastos recursos para ayudar a los pueblos que todavía viven y mueren entre las privaciones. Si el bien no se halla ahí, ¿dónde se halla?»¹⁶.

Con una singularidad: las naciones desarrolladas no pueden desarrollarse y crecer más que por el progreso del resto del mundo. Los factores morales y materiales se ligan inexplicablemente. Tan sólo por medio de un espíritu generoso y amplio cabe la salvación de las «sociedades felices» ante el peligro máximo: *la esclerosis del espíritu, del corazón*. Tal enfoque se toma—i. e., por el mentado Strachey—como una de las necesidades vitales del Occidente. Es la salida al terrible perfil de la total comercialización de la vida... Los caminos hacia la meta pueden estar oscuros y velados, «mas la dirección en que hemos de viajar es clara».

IV.—LA ANUNCIADA REBELIÓN DEL MUNDO POBRE.

¡Y tan clara! ¡Como que la *révolte des barbares* atrae la atención de los oteadores de los problemas contemporáneos!

¹⁵ Cons. J. B. GOODENOUGH: *Le mauvais riche et le pauvre Lazare*, «Croissance des Jeunes Nations», París, septiembre 1962, págs. 6-8.

¹⁶ Vid. John STRACHEY: *La fin de l'impérialisme*, París, Laffont, 1961, pág. 316.

Urge reconocer que, desde la Segunda Guerra Mundial especialmente, los occidentales nos encontramos en posición de *ciudadela asediada* (André De-
vyver)¹⁷. Véase cómo en las Conferencias o en los areópagos internacionales hay
un extremo sobre el que casi todos los pueblos de color están de acuerdo: el
odio profundo, físico, hacia el hombre blanco. Así lo asegura Denis de Rouge-
mont. ¡Cautivadora aseveración!¹⁸

No ha de olvidarse la complejidad de los elementos constituyentes de ese
odio: un terrible complejo de inferioridad, en camino de trocarse en complejo
de superioridad; un sentimiento de frustración y de injusticia ante el pensa-
miento de que los occidentales todavía son tan ricos y ellos tan pobres;
una admiración, vivamente reprimida, hacia lo occidental. etc.¹⁹.

Lo particular del caso es que, sin quererlo, «los *colonizadores* han revelado
a Asia y a Africa la extensión de su pobreza». Llevando en sus equipajes los
productos de la civilización técnica, edificando sus inmuebles, trazando ca-
minos para sus automóviles, han abierto los ojos al indígena.

* * *

Por eso, no se ha de olvidar el extremo de la *desintegración* del Oeste.
¡Buen tema el de la desintegración interior de las civilizaciones!

¹⁷ Veamos una inflamada prosa de los oradores del mundo subdesarrollado: la de
Jacques RABEMANANJARA. En la Semana de los Intelectuales Católicos, RABEMANANJARA re-
saltaba que desde hace un siglo la historia de la descolonización no ha dejado de envenenar
al mundo y cómo ha sido jalonada por «barreras de sangre». «Cada día, casi cada hora,
hay nuevas hileras de cadáveres».

¹⁸ Sobre tal asunto, vid. Denis DE ROUCEMONT: *Europe and the Europeans*, bajo la
dirección de MAX BELOFF, Londres, 1957, pág. XII.

¹⁹ En todo caso, téngase presente que, como escribe Denis DE ROUCEMONT, el *gran
cisma mundial de nuestro tiempo* hace olvidar, a veces, el papel que desempeñan los valo-
res occidentales, aun en los países que no los sienten o que no quieren sentirlos. Mas,
siguiendo al intelectual europeo, cada máquina exportada al mundo oriental es, de he-
cho, un caballo de Troya. Hemos evacuado nuestros guerreros y retirado nuestros funcio-
narios—asegura ROUCEMONT—, pero, subrepticamente y sin saberlo, hemos vuelto a ser
ocupantes más eficaces y más potentes por mandar en los pensamientos, en los sentimientos,
en las fuentes mismas de la comprensión de la vida. «Nuestras máquinas y nuestros
razonamientos, nuestras formas de arte y de Gobierno, transportan a lo lejos campos de
fuerzas que van a actuar anárquicamente, destruyendo las bases de los antiguos equilibrios,
llamando a otros conjuntos de valores, pero no pudiendo explicarlos y hacerlos vivir...» Cons.
Denis DE ROUCEMONT: *Le rôle mondial des valeurs occidentales*, «Occident», Bruselas-Par-
rís, octubre 1957, págs. 39-42.

Aquí Toynbee se une a Marx. Son las luchas de clases las que debilitan los Imperios, arruinan su estructura interna, corrompen las costumbres, los gustos. Así, pues, no se pierda de vista el papel del proletariado. Pero el historiador inglés amplía sensiblemente la noción de proletariado que, como es sabido, en Marx se refiere sobre todo a las masas obreras de las grandes ciudades. «La verdadera marca del proletariado no es ni la pobreza ni el nacimiento humilde, sino el sentimiento de ser desheredado». En suma, un estado de espíritu más bien que el hecho de circunstancias exteriores (Colin Clark). Toynbee distingue en el Bajo Imperio un *proletariado interior*, formado por la masa de ciudadanos muy pobres, esclavos, cristianos, y un *proletariado exterior*, constituido por la *franja bárbara* que los ejércitos romanos no habían conseguido eliminar—germanos y eslavos de los países del Norte, sármatas y hunos de la estepa eurasiática, sarracenos de la Península arábiga, bereberes del Atlas y del Sahara—. En los dos casos, la situación se presenta de idéntica manera: una civilización se ve en la imposibilidad de asimilar, de integrar, a algunos de sus elementos constitutivos. Y las consecuencias son siempre las mismas: la *élite dirigente* que imprime su dirección al conjunto de la sociedad, habiendo perdido su poder de atracción, sintiéndose amenazada, endurece su actitud para resistir ante esa doble presión, intenta usar la fuerza para mantener al proletariado interior en la obediencia, impedir las infiltraciones del proletariado exterior y se convierte en una minoría dominante y tiránica, cuya caída no es más que cuestión de tiempo. Este grandioso escenario lo encontramos sobre todos los puntos de la tierra y en momentos precisos de la Historia.

En la actualidad, se delinea una urgencia: hallar un adecuado remedio al cisma de las almas (los tabicamientos entre las clases, el endurecimiento de las posiciones clasistas, el debilitamiento mutuo: todo ello un peligro mortal)²⁰.

Y lo triste es que los anteriores conceptos no parecen ser fruto de filósofos o ideólogos. Los políticos prácticos manejan claramente valoraciones directamente relacionadas con el problema del proletariado a escala mundial. (Y entre los realistas, no sólo ellos).

Véanse, por ejemplo, las estimaciones que el vicepresidente de la *Commission de la Défense Nationale* de Francia—M. Sanguinetti—ha explayado a este respecto: «La historia de la segunda mitad del siglo XX será probablemente la de la rebelión del mundo meridional contra el mundo septentrional... Esta

²⁰ Vid. André DEVYVER: *La révolte des barbares selon A. Toynbee*, «Synthèses», Bruselas, núm. 152, págs. 369-370 y 372.

lucha establece su frente a lo largo del meridiano que separa a los pueblos industrializados y desarrollados del mundo blanco de los pueblos de color, agrícolas y subdesarrollados»²¹.

Agreguemos nuevos motivos de meditación de este estilo. Sirvan ahora las palabras del primer ministro de Francia: «Si el mundo desarrollado... contemplase con indiferencia a la inmensa Humanidad hambrienta [del mundo subdesarrollado], perdería su alma y, sin duda alguna, su vida». ¿Por qué? He aquí la respuesta: «La Historia nos muestra que los hombres no toleran durante largo tiempo la desigualdad y la injusticia cuando toman conciencia de ello». «Y he aquí que asistimos desde hace veinte años a una toma de conciencia, de la que la Conferencia de Bandung es una estrepitosa manifestación...»²².

Y los *Cahiers universitaires Catholiques*—muy atentos a los signos de nuestra época—abundaban, en fecha reciente, en reproches del mismo tono. Para ellos, la máxima cuestión en toda esta inmensa cuestión es que, si se deja aumentar indefinidamente la separación entre los países ricos y los países pobres, se corre el riesgo—en un plazo más o menos largo—de una revuelta *universal de los desheredados*. Por no haber consentido en algunos sacrificios en un tiempo oportuno, los hartos podrían perderlo todo. Y no son sólo razones de seguridad: dar para una seguridad futura. Hay una razón de moralidad, ante la que los católicos no pueden quedar insensibles. Es ésta: los hombres son todos hermanos. Que unos vivan en la opulencia y otros en la miseria, es una *situación inaceptable*. «Si nos resignamos al escándalo, una *revolución a escala global* nos mostrará quizá que, aun en este mundo, no se olvidan impunemente las exigencias más [llamativas] de la justicia...»²³.

En suma, *a la rebelión de las masas de ayer sucede la rebelión de las naciones pobres de hoy*²⁴. Con *el peligro de una nueva división del mundo a base de la raza y del color*²⁵ y *la lucha de clases a escala*

²¹ Vid. *La France et l'arme atomique*, París, Julliard, 1964, págs. 45-46.

²² Cons. «Le Monde», 12 junio 1964, pág. 2.

²³ Vid., asimismo, Arnold TOYNBEE: *La guerre des races ravagera-t-elle le monde?*, «Jeune Afrique», 21-27 octubre 1963, págs. 18-19.

²⁴ Posición del Jefe del Estado español en la inauguración de la VIII Legislatura de las Cortes.

²⁵ Vid. *Prospect for America. The Rockefeller Panel Reports*, Nueva York, Doubleday, 1961, pág. 72. Dentro de ese ambiente, recuérdense—como *anticipo*—la posición «unida» del mundo pobre—los 75 o los 77—en la Conferencia sobre el comercio y el desarrollo

*mundial*²⁶. El descubrimiento de su miseria por el *tercer mundo* da origen a una situación *pre-revolucionaria* de enorme envergadura...

¡Buena tarea en verdad!

Ciertamente, no se trata de una empresa fácil²⁷. Pero es probable que la dedicación a tal tarea haría perder agudeza a las tensiones Este-Oeste y haría descubrir—a través de una coexistencia más o menos pacífica—que el problema histórico de nuestro tiempo se sitúa a lo largo de las coordenadas del Norte-Sur. Pese a la existencia de diversos centros de gravedad y a pesar de la subsistencia de las incomprensiones y del surgimiento de conflictos locales, nuevas energías y nuevos medios podrían ser movilizados para atacar eficazmente la «cuestión social» de la época contemporánea²⁸.

Estamos, nada menos, ante la problemática de la transformación de las actuales interdependencias económicas en estructuras económico-socio-políticas al servicio del bien común universal.

* * *

¡Lucida coyuntura la presente para ir en los ámbitos políticos—y no sólo internacionales—con elevados pensamientos!

Esos ideales no han de hacernos perder de vista el hecho de que han de perseguirse sobre el plano de la política internacional—de la *power politics*—con todas sus consecuencias: las limitaciones de encontrar el punto de equilibrio entre la ilusión y la acción, entre la meta y las contingencias de su realización.

¡Ojalá penetre en la conciencia de los centros directivos del universo la urgencia de arribar—si no por motivos de justicia, por razones de política—a un punto de equilibrio que responda a las esperanzas y las exigencias del inmenso mundo del subdesarrollo!

LEANDRO RUBIO GARCIA.

(Ginebra, 1964), los consejos dados a los países proletarios—así, en *Les liquidités mondiales et l'Internationale du «tiers monde»*, «Le Monde», 7-8 agosto 1966, pág. 5—para una acción común que mejore su condición (huelga de las ventas y de las compras), etc.

²⁶ Cons. André FONTAINE: *L'Alliance atlantique à l'heure du dégel*, Paris, Calmann-Lévy, 1959, pág. 190.

²⁷ Vid. R. VERMEIRE: *Vers une nouvelle conception de la politique de développement*, en CÉPES: *La libéralisation du commerce mondial*, Bruselas, 1964, pág. 55.

²⁸ Según ideas de Tibor MENDE, en *Un monde possible*.

